

ROSA Y AZUL



SUMARIO: Redención, por Estanislao Mestre.—Interesantisima información del **BATALLÓN INFANTIL MADRILEÑO**, por Rafael Leyda y el fotógrafo Sr. Cifuentes.—El luto de la viudita, por Javier de Burgos.—Curiosidades: **UNA FIESTA ORIGINAL**. Las palomas, por Juan de Castro.—Cuentos del concurso: Amor fraternal, por el Cuarto de los catorce!—**VIAJE COMICO AL POLO SUR**, realizado por dos estudiantes madrileños y un elefante andaluz.—Entretencimientos científicos, por Javier Cabezas.—Una lección de Luis XIII, por Nieves Campa.—Correspondencia.—Pasatiempos.—Y las divertidas **AVENTURAS DE UN PEQUEÑO FILÓSOFO**.

24 páginas, 15 CÉNTIMOS

INTERESANTE.—Lea usted en la tercera plana de la cubierta nuestros regalos del mes de Octubre.

ROSA Y AZUL

Número corriente: 15 céntimos. REVISTA SEMANAL ILUSTRADA. Número atrasado: 25 céntimos.

Redacción y Administración: Marqués de Santa Ana, 2.—MADRID

CONDICIONES DE SUSCRIPCIÓN:

MADRID.—Un mes.....	0,50 pesetas.
PROVINCIAS.—Un año: 52 números de la Revista	6 —
EXTRANJERO.—Un año: 52 números de la Revista.....	12 —

BOLETÍN DE SUSCRIPCIÓN

D.

residente en provincia de

calle número cuarto

se suscribe á Rosa y Azul por meses, y envía su importe en (1)

..... de de 1904.

El suscriptor,

(1) Libranza de la Prensa, Sobre monedero ó metálico.

No se admiten sellos de Correos

CONCURSO DE PÁGINAS ARTÍSTICAS

ROSA Y AZUL abre un concurso de planas artísticas, para ser publicadas en el mismo, con sujeción á las siguientes bases:

1.^a Para la ejecución de los originales que se envíen á este concurso sólo se podrán emplear el procedimiento de claro oscuro, de mancha y dibujo á pluma ó al carbón, quedando totalmente excluidas las notas de color.

2.^a La superficie pintada en cada original deberá ser de 26 centímetros de ancho por 36 de alto.

3.^a Los originales se remitirán firmados con un lema, y dentro de un sobre lacrado y

suscrito con el mismo lema se enviarán el nombre y domicilio del autor.

4.^a Las planas que el jurado calificador considere admisibles se insertarán en ROSA Y AZUL con el mismo lema con que hayan sido firmadas, y con el número en que se publique la última se acompañará un boletín para que los lectores, por medio de sufragio, concedan el premio de 50 pesetas á la que consideren mejor.

5.^a El plazo de admisión empieza en 15 de Agosto y termina el 30 de Noviembre, á las nueve de la noche.

Cifuentes, fotógrafo. San Bernardo, 52
MADRID

ROSA Y AZUL

REVISTA SEMANAL
ILUSTRADA, MORAL É INS-
TRUCTIVA, DEDICADA Á LA
JUVENTUD

Director propietario: Estanislao Maestre

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Marqués de Santa Ana, núm. 2, primero.

NUESTRO CONCURSO



MARÍA FERNÁNDEZ DÍAZ DE LA QUINTANA

(de seis años y medio)

Habitante en Madrid, Paseo de la Castellana, núm. 60

(22 de las fotografías admitidas.)

REDENCIÓN

(Conclusión.)

CUANDO el maestro se retiró comenzaron los comentarios. Decían que se había enriquecido y que se curaba en salud para que no le fueran á dar sablazos mientras estuvieran parados.

Ya se retiraría con el riñón bien cubierto.

Ello es que el maestro no volvió á emprender ninguna obra y los jornaleros se desperdigaron por ahí en busca de tajo.

El primero que lo encontró fué Fernández, por recomendación de una muchacha con quien estaba en relaciones, la cual hacía trajes á los niños de cierta marquesa, que había emprendido la construcción de una gran finca. En ella entró con el carácter de encargado con cinco pesetas de jornal, y en seguida contrajo matrimonio. Llamábase ella María, y era una joven agraciada y muy trabajadora. Si en el alma de Fernández no hubiese arraigado la mala semilla que sus compañeros habían sembrado, el matrimonio habría sido feliz; pero aquel temperamento, aquel cerebo virgen de toda idea, fueron exaltados con la primera que les inculcaron, y al socialismo, mal comprendido y dirigido aún peor, siguieron las ideas de destrucción hacia todo lo creado: el anarquismo, en una palabra. Y Fernández fué anarquista por

que sí, como había sido socialista, como pudo haber sido un ferviente católico, de encontrar persona que le condujese por el camino de la religión santa. Y en su hogar, donde pudieron reinar la paz y la tranquilidad, menudearon los disgustos, porque María estaba aterrada con aquellas ideas que vertía su marido á troche y moche, y esperando que cuando menos se pensase se viera complicado en cualquier intentona y le metiesen donde no le diera la luz.

El reloj de una torre próxima al cuarto en que habitaba el matrimonio, acababa de dar las once de la noche. María dejó la costura que tenía entre las manos, y después de bajar la luz del quinqué fué á la cuna donde tenía un pequeñuelo de ocho meses, hermoso como un



ángel de Murillo. El niño estaba despierto, jugueteando con los flecos de la colcha, que sus manecitas estrujaban. Tomóle en brazos su madre, y después de comérsele á besos le dijo, como si el pequeñuelo fuese capaz de comprender sus palabras:

—Las once y tu padre sin venir. Estará metido con esos bribones de anarquistas que nos le están echando á perder; porque tu padre es bueno.... ¿Verdad rico mío?.... Si no es capaz de hacer daño á nadie. Sólo que esos pillos le hacen beber y beber.... y en cuanto tiene en el cuerpo cuatro copas ya no es el mismo.

Y besaba al niño fuerte, muy fuerte, transmitiéndole en aquellos besos todo su amor, su alma entera. Y el angelote, como si comprendiese el desbordamiento de aquella pasión maternal, restregaba su carita con la de María llenándosela de babas.

El quinqué, á media llave, colocado sobre la cómoda, esparcía por la habitación una luz suave.

María arrodillóse ante una virgen del Carmen y comenzó á rezar, con su niño en brazos.

Llamaron á la puerta. Era Fernández, que venía de un mitin donde se trató una vez más de la destrucción de los burgueses, «esos vampiros que chupan la sangre de los obreros». Decididamente, «se hacía preciso destruir la sociedad actual para construirla sobre bases más equitativas».

—Ya ves—decía Fernández á su mujer, con la voz preñada de amenazas—, mientras yo vengo sin abrigo y vosotros estáis aquí sin un mal brasero, van muchos por la calle con gabán de pieles y en sus casas arderán enormes hogueras. Esto no puede seguir así, y no seguirá. Nosotros pondremos fin á esta desigualdad; nosotros implantaremos la máxima de que «todo es de todos y nada de nadie». El gobierno, protector de la burguesía, nos ha declarado guerra sin cuartel, guerra á muerte, y ya ha metido en la cárcel á varios compañeros; pero por cada víctima surgirán cien individuos que defenderán nuestra santa causa.

María, con el niño en brazos, escuchaba, con el alma llena de pesadumbre, la lucubración de su marido. Cuando éste acabó su discurso, dicho con el acento oratorio que nunca pudo hallar en el centro cuando pedía la palabra, acercóse María y le dijo con voz grave y reposada:

—Fernández, te han metido tus amigos en un terreno peligroso, por el cual vas á tu perdición y á nuestra ruina. Si tú eres incapaz de hacer mal á nadie, ¿por qué predicas la destrucción?



—Porque es necesaria; porque es el único modo de acabar con las injusticias sociales.

—Fernández, vuelvê en ti. Reconoce que esos amigos, que esos compañeros que así han llenado tu cabeza de deseos de igualar las clases destruyéndolo todo, no son más que unos desalmados.

—¿Qué sabes tú, infeliz? Son los apóstoles de la redención.

—Serán lo que tú quieras; pero la doctrina cristiana nos enseña que aquellos apóstoles que, en unión de Cristo, fundaron la Iglesia católica, ya ves, una institución que existe hace veinte siglos, no destrufan nada, no mataban á nadie; al contrario, iban atrayendo la gente á fuerza de abnegación, de cariño, de dulzura.

—Aquellos eran otros apóstoles y sus doctrinas diferentes á las nuestras. Entonces no existían las desigualdades actuales.

—Yo no sé si existían ó no; pero desde que el mundo es mundo debe haber habido ricos y pobres.

—Sí; opresores y oprimidos.

—Y si tú te quejas de que es preciso ocho horas paraganar cinco pesetas, no olvides que D. Ramón, el médico del tercero, tiene que levantarse algunas noches para hacer visitas, que luego no sabe si le pagarán. Su esposa me ha dicho que lo pasan muy mal. Como está empezando, la clientela suya está formada por personas poco pudientes, y se ve y se desea para cobrar los honorarios. Ya ves que todos sufren, todos padecen... Esa es la vida. No debemos quejarnos. Podría castigarnos Dios...

Fernández, con la cabeza baja y la mirada en el suelo, parecía buscar argumentos para rebatir los de su mujer; pero ó no los encontró ó se le quedaron en la garganta. María, envalentonada por el silencio de su marido, continuó:

—Ya ves, nada nos falta de lo más preciso, y si no tenemos ciertas comodidades es

porque hace muy poco que nos hemos casado; pero, con la ayuda de Dios, ya las tendremos. Trabajando tú, con lo poco que yo ayude, llegaremos á formar una casa tan linda como una tacita de plata.

—¿Aspiras á ser burguesa?

—A que seamos unos obreros honrados y felices.

Y viendo que Fernández se batía en las últimas trincheras, le dijo:

—Vamos, abandona esas palabras que tanto daño me hacen. Tan loco estás, que aún no has dado un beso á Luis. ¿Te parece bien? ¿Sois vosotros los que pretendéis regenerar á la sociedad? Tome usted su hijo, mírele bien á la cara, que es la suya propia, señor come burgueses, y dígame si en esos ojos hay asomo de que su alma sea capaz de ocultar algo malo; si este niño, cuando sea mayor, podrá escuchar á su padre esas teorías anarquistas, sin que se le parta el corazón de pesadumbre.

El niño, presentado por María, tendió los bracitos hacia su padre, que le cogió con efusiva delicadeza y comenzó á darle besos. Después, apretándole contra su corazón le dijo:

—Luisín, Luisín mío, ya no seré anarquista, ni socialista, ni nada; sólo seré padre, y para ti y para tu madre viviré únicamente.

Y luego á María:

—Me has convencido, mujer; tus palabras han caído en mi alma como la lluvia bienhechora que hace germinar la semilla y produce abundante cosecha.

María se arrodilló ante la Virgen y le dió gracias.

ESTANISLAO MAESTRE.

(Ilustraciones de Breñosa.)

ADVERTENCIA.—En el número próximo **Leyendas españolas:**

EL ENVENENAMIENTO DEL CARDENAL CISNEROS



Formando el cuadro.

IMPRESIONES

EL BATALLÓN INFANTIL MADRILEÑO

VISITABA un día la Marquesa de Squilache el magnífico Colegio (1) levantado en el barrio del Pacífico, merced á su iniciativa, á sus esfuerzos nobilísimos, á su generosidad inagotable. Era la hora del recreo. En los anchurosos patios, que alegraba el sol, jugaban y reían los niños.

Contemplábalos la Marquesa complacida. De repente dijo:

—Con ellos podía formarse un batallón.

Tratándose de la ilustre dama, los buenos pensamientos son obras. En breve, los profesores escogían entre sus alumnos los más aplicados, hasta setenta. Elegían estos, por sufragio, los oficiales y jefes que habían de mandarlos. A todos equipaba la munificencia de su protectora. E instruía á los reclutas el digno teniente de Infantería D. Serafin

(1) En otro número nos ocuparemos de este Colegio en lo que tiene de institución benéfica y en lo que afecta á la Pedagogía.

Merino, que á ello se prestó espontánea y graciosamente.

Así se formó hace menos de un año, con general contento, este batallón infantil que es un honor para los que lo forman y un encanto para el que lo mira maniobrar.

Marcial y aguerrido, á las voces de mando de su Coronel, Manuel Pastor, marcha, evoluciona, presenta armas, forma el cuadro... Quejábase el teniente instructor, la mañana que lo ví, de la poca perfección de los ejercicios, por haber tenido que ocupar con *bisoños* veinte plazas de niños que en este curso han pasado á la segunda enseñanza.

Pero yo creo que el buen Sr. Merino exageraba en sus lamentaciones. A mí me parecían todos *veteranos*: desde los gastadores, que tienen poco más de un lustro, hasta el pobre inválido que cierra la marcha, llevando el botiquín.

Es una triste y tierna historia la de Martín



Los profesores del Colegio:

1, D. Matías Bravo, director; 2, D. Demetrio P. Valero, 3, D. Adalardo Peral y Sáez, profesores; 4, D. Serafín Merino, instructor del batallón.

La plana mayor:

Manuel Pastor, coronel; Domingo Ugarte y Angel Palacios, comandantes; Manuel Cid y Vicente Tausi, capitanes; Daniel Meco y José C. Sánchez, tenientes.



Marchando en columna.



Presentando armas.

Martínez, el pequeño auxiliar de la Cruz Roja. A los cinco años le dieron una pedrada en una pierna. Hubo que amputársela. Concurría al Colegio cuando se formó el batallón y miraba con sus ojos llenos de lágrimas á sus afortunados compañeros...

Los profesores, compadecidos, delicadamente suavizaron su desgracia, dándole el puesto que ahora, con gran entusiasmo, desempeña.

Y mientras yo escuchaba estos detalles, estas pequeñeces, que á mí se me antojan grandes y que con exquisita amabilidad me referían el Director de la escuela, D. Matías Bravo, verdadero prestigio del Magisterio, y los ilustrados profesores de la misma, D. Demetrio Pedro Valero y D. Adelardo Peral y Sáez, el popular Cifuentes, incansable, formaba grupos é impresionaba placas.

Los jefes colocábanse en actitudes de suprema dignidad... Los soldados se esforzaban por dar á sus caritas risueñas una expresión feroz que armonizara con su traje y los tremendos fusiles que empuñaban... Los monísimos gastadores se erguían... La bandera, el amado símbolo de la patria, ondulaba suavemente sobre ellos... Contrastando con el guerrero espectáculo, en la escuela, las voces agudas de los parvulitos cantaban oraciones. Y á través de los amplios ventanales se veía circular entre ellos, amorosa y solícita, la figura gentil de una maestra.

—¡Rompan filas!—El cuadro se deshizo y el encanto quedó roto.

Luego vi las escuelas. ¿Qué decir de ellas? sino que todo es nuevo, soleado, alegre, espacioso; que tienen el mayor de los lujos,

luz, limpieza, orden. A todo se ha atendido allí, donde hay cuartos de aseo, con magníficos lavabos, retretes higiénicos, clases amplias, museo, enfermería... que da ganas de ponerse enfermo, comedor, con mesitas lili-putienses, adornado con vasares en que fu-

boca de profesores, de niños, de las gentes del pueblo, oía esta frase, compendio de sus alabanzas:

—¡Si hubiese muchas Marquesas de Squilache!

La gran señora, que renueva con sus



ge el esmalte de la vajilla... Y en esta escuela, que para el Ayuntamiento no tiene más coste que una cualquiera municipal, una de esas que por su mala instalación son *mataderos de niños*, según la gráfica frase del Sr. Ruiz Giménez, reciben educación más de 150, otros tantos párvulos y cerca de 100 adultos. Además, durante cuatro meses del pasado invierno se ha dado en ellas de comer á unos 100 niños pobres.

¿Cómo se realiza esto? Gracias al patronato de que es alma la Marquesa de Squilache. Por eso al entrar, como al salir, en

obras nobilísimas los ilustres blasones heredados, puede mostrar orgullosa, cual lo hizo en la Fiesta de la Escuela, su batallón infantil. Él constituye su más lucido cortejo, su más segura guardia. Y esta piadosa dama, que da en su suntuoso palacio tan espléndidas fiestas, tendrá seguramente por la mejor—fiesta íntima, fiesta del alma—la de verse rodeada de estos pequeñuelos humildes, á cuya infancia lleva un poco de alegría.

RAFAEL LEYDA.

(Fotografías de Cifuentes.)

EL LUTO DE LA VIUDITA

ANTES de cumplirse el año de la muerte de su esposo, siendo el hecho escandaloso, inconcebible y extraño, del negro Juan, que su suegro de mayordomo tenía, se enamoró Rosalía y se casó con el negro.

Fué el asombro general, y contra la pobre viuda entabló campaña ruda la chismografía social. Pero ella con gran reposo así convenció á su suegro: —Para cumplir con mi esposo, ¿qué luto más riguroso que casarme con un negro.

JAVIER DE BURGOS.

—Usted olvida que estamos en el cabo Finisterre, y en el rancho de los guardias marinas no figura el café; bollos, Dios los dé; tostadas, no se pueden hacer ahora, porque no tenemos pan fresco; si quiere una taza de té con galleta y manteca, puedo decir al cocinero que la disponga en seguida.

—Perfectamente; se lo agradeceré.

—¡Marinero!—gritó Jolliffe—: llama á Mesty.

—¡Que venga Mesty!—gritó el marino—; corra la voz.

Y la palabra Mesty corrió de boca en boca hasta que se perdió hacia la proa.

Debemos presentar al lector la persona que llevaba este nombre, porque es un personaje curioso. Era un negro que había sido llevado á América como esclavo, y allí vendido.

Alto, de pocas carnes, pero de formas atléticas; su rostro, poco común en su raza: cabeza larguirucha, pómulos salientes, nariz pequeña y recta, labios delgados y blanquísimos dientes.

Decía que en su país era príncipe; pero vino á la condición de esclavo por desgracias de familia.

Su amo le había puesto á trabajar en Nueva-York, y allí aprendió á chapurrar el inglés. Abolida la esclavitud, marchóse un día al puerto y se embarcó en un buque mercante. No tenía nombre, y el primer teniente, que estaba estudiando el alemán, le inscribió en el rol con el de Mefistófeles Fausto; de aquí vino el diminutivo Mesty.

Este personaje presentaba particularidades dignas de ser mencionadas: á veces recordaba su genealogía y mostrábase en extremo orgulloso; otras taciturno y grave; pero cuando nada le hacía perder su buen humor, era delicioso.

No tardó en llegar Mesty encorbado

para no romperse la cabeza contra las vigas. Venía descalzo.

—Señor Jolliffe—dijo—no es oportuno llamarme cuando tengo la cocina llena de cosas y alrededor una nube de golosos.

—Ya sabe usted que nunca le envío á buscar sin necesidad. Este pobre joven no ha comido nada desde que está á bordo y es preciso darle un poco de té.

—¿Es té lo que desea? Yo le haré; pero en primer lugar, necesito agua, y en segundo, sitio para colocar la tetera en el fuego; pues tan bien aprovechado está, que aunque quisiera quemarme la punta del dedo chiquitín, no podría conseguirlo.

—Pues hay que darle algo.

—Si no hay té tendré paciencia y tomaré un poco de leche.

—¡Como no vayamos á buscarla al otro lado de la bahía!

—No olvide usted que estamos en el mar, Sr. Franco—dijo Jolliffe—; me temo que tendrá usted que esperar hasta la hora de comer.

—Señor Jolliffe, van á dar las siete campanadas; si el señorito quisiera una taza de caldo, se la podría servir.

—Sí, Mesty, traígasela; es lo mejor.

Poco después volvía el negro con una taza de caldo y algunos guisantes nadando en el amarillento líquido; la puso delante de Juan acompañada de un cestito de galletas y del bote de la pimienta.

Las ilusiones de Juan, aquellos recuerdos del té con pastas, se desvanecieron ante aquella especie de brevaje; pero el hambre apretaba y no había más remedio que apechugar con lo que hubiese. Al fin no estaba tan malo. Con aquel refrigerio sintióse otro, y como tocó la campana las siete, subió Juan á cubierta acompañando al Sr. Jolliffe. Porque, aunque filósofo, no dejaba de sentir cierto escozor en el estómago.

CAPÍTULO IX

JUAN INFRINGE SU PROPIA FILOSOFÍA

Sobre cubierta halló nuestro pequeño filósofo un sol brillante y un aire suave que venía de tierra.

Por todas las cuerdas del buque se veían colgadas prendas de los marineros, que habían puesto á secar del remoión sufrido durante el chubasco.

Como las velas estaban extendidas en las cuerdas y botalones, el barco marchaba lentamente.

El capitán y el primer teniente conversaban en el portalón; los demás oficiales tomaban con sus cuadrantes y sextantes la altura del sol. Aproximadamente era el medio día. La cubierta estaba ya limpia. Los pajes de escoba habían dejado las bruzas; otros marineros arreglaban las cuerdas.

Después de cuatro días de encierro, aquella escena de actividad y orden, confortó el ánimo de Juan y le inundó de plácida alegría.

Al verle el capitán, le llamó y preguntóle como se encontraba; cosa que imitaron el primer teniente y los demás oficiales por turno riguroso.

El mayordomo del capitán acercóse á Juan, y llevándose la mano al sombrero le invitó á comer en el camarote.

Juan saludó, y aceptó la invitación.

Un marinero le pidió, con la mano puesta en el sombrero, que hiciese el favor de quitarse de encima de una cuerda que pisaba; Juan saludó echándose á un lado.

Con el saludo de rúbrica y pasando la orden de boca en boca dióse la de comer. Los pitos resonaron alegremente.

Viendo estas ceremonias propias de la Ordenanza, pensaba Juan:

—La urbanidad está al orden del día, y el respeto que todos se guardan puede dar idea cabal de su buena educación.

Permaneció sobre cubierta contemplando cuanto le rodeaba: abajo, las azuladas olas; arriba las berlingas ondeando agitadas por el viento. Poco á poco se fué acercando hacia las bandas y al fin acabó por recostarse sobre un cañón, para contemplar allá lejos la tierra. Cuando más engolfado estaba en su examen, acercóse á él el oficial de guardia y le dijo con acento seco y sin llevarse la mano al sombrero:

—Quítese usted de ahí.

Juan miró á su alrededor.

—¿Me oye usted?; con usted hablo—, agregó el oficial.

Juan se indignó ante aquel tono y pensó que la urbanidad no era tan general en el buque como había supuesto.

El capitán Wilson estaba entonces sobre cubierta y le dijo:

—Venga usted aquí, Sr. Franco. Es regla en el servicio que nadie llegue á los cañones sino en caso de necesidad; yo nunca llego, ni el primer teniente tampoco, ni ninguno de los oficiales; por tanto, la igualdad exige que tampoco esté usted ahí.

—Ciertamente—dijo el muchacho—; sin embargo, no veo por qué ese oficial del sombrero reluciente, se ha de enfadar conmigo y no hablarme como á un caballero, siéndolo tan cumplido como él.

—Ya se lo he explicado á usted, señor Franco.

—Sí; recuerdo que dijo usted que era celo por el servicio; pero este celo me parece una cosa desagradable, y es lástima que no pueda hacerse el servicio sin él.

El capitán Wilson se echó á reir y se separó de Juan. Poco después, paseándose sobre cubierta con el oficial mayor, le indicó que no debía hablar con tanta se-

veridad á un muchacho que había cometido un error tan insignificante, sólo debido á su ignorancia. El Sr. Smallsole, el oficial mayor del buque, que era un personaje grosero y no le gustaba que desaprobasen su conducta, aun cuando no tenía reparo en herir los sentimientos de los demás, determinó hacer pagar al pequeño filósofo, en la primera ocasión que se presentara, aquella especie de reprensión que había recibido del capitán.

Juan comió en la cámara del capitán con mucha satisfacción, porque vió que todos brindaban con él y todos en la mesa del capitán parecían á un nivel de perfecta igualdad.

A los postres Juan comenzó á hablar sobre su tema favorito; todos los circunstantes le miraron con sorpresa al oír aquella doctrina inaudita predicada á bordo de un buque de guerra. El capitán discutió el punto sin ofender mucho los sentimientos del joven, riendo mientras duró la conversación.

Hay que advertir que este día era, por decirlo así, el primero en que realmente se presentaba Juan á bordo y daba á conocer en la mesa del capitán sus ideas particulares.

Si los comensales del capitán, que eran el segundo teniente, el contador Jolliffe y uno de los guardias marinas, se admiraron de que en presencia del jefe se sustentaran tan heréticas opiniones, no quedaron menos admirados de las respuestas frías y de buen humor que le había dado el capitán.

En todos los puntos del barco se discutió ampliamente el asunto, y fué opinión general de los tripulantes que en cuanto llegaran á Gibraltar nuestro pequeño filósofo abandonaría el servicio, bien por voluntad propia, bien porque un consejo de guerra le sentenciara á muerte, ó le echa-

ran á tierra como si fuera un fardo. No se podían admitir aquellas teorías.

Sólo cuatro de los tripulantes se inclinaban en favor de Juan: Wilson, Sawbridge, Jolliffe y Mefistófeles; este último porque aquellas palabras de igualdad que le oyó pronunciar le habían halagado; aunque demasiado sabía él que por muchas vueltas que diese el mundo siempre sería negro, á menos de que se estucase la cara.

Otra persona se inclinó hacia nuestro héroe, si bien con fines poco honrosos: el teniente Asper. Era éste hijo de un opulento banquero que había quebrado cuando el joven entró de guardia marina, con esos mil vicios contraídos por los estudiantes cuyos padres se pueden permitir el lujo de pagar las cuentas que los presentan á nombre de sus hijos. Ahora vivía sin otro capital que su paga, y sujeto á privaciones á que no estaba acostumbrado.

Por eso, cuando supo que Juan poseía fondos abundantes, pensó en hacerse amigo suyo. El joven agradecería sus servicios y él tendría á su disposición la bolsa de Juan.

Cuando le vió paseando con Sawbridge hizo la oferta, y el primer teniente, considerando que lo pasaría con Asper mejor que con el oficial mayor, hombre de genio áspero é incapaz de tolerar la menor falta, aceptó el ofrecimiento y Juan quedó á las órdenes del teniente Asper.

Es conveniente hacer constar que Jolliffe era un ser deforme; no había dejado de sufrir ninguna de esas enfermedades que aquejan á la infancia, y cada una de ellas había causado en él un estrago. La viruela le dejó la cara llena de hoyos profundos; el sarampión le torció las narices y medio le cerró un ojo, y la escarlatina concluyó por ponerle hecho un San Lázaro.

ro; cuando se sonreía hacía una mueca tan horrible que daban ganas de echar á correr.

Tal vez su deformidad era la causa de su retraimiento. Alejado siempre del bullicio, sólo cuando tenía que dar alguna orden se oía su voz; y en los ratos libres de servicio, ó se le encontraba paseando por la cubierta ó leyendo en su camarote.

Es sabido que allí donde se reúnen varios hombres existe siempre un valentón, un *gallito*. En la corbeta lo era Vigors, muchacho de diecisiete años, y dueño absoluto de la vida y hacienda de los guardias marinas.

Y como donde hay un valentón tiene que haber alguno que sea el blanco de aquél, en la cámara de los guardias marinas lo era Gosset, hijo de un labrador de Lyon. Este muchacho había pasado sus primeros años cosido á las faldas de su madre; por ese motivo desconocía esas mil picardihuelas ingénitas en los que se crían con más libertad. Como al entrar en el barco Vigors comenzara á mofarse de él, Gosset se acoquinó y ya no levantó cabeza.

Otros tres muchachos había entre los guardias marinas cuyos nombres hemos de citar, si bien no sean personajes de primera fila: O'Connor, Mills y Gascoigne. Amigos íntimos, parecían cortados por el mismo patrón: tan pronto se los veía abrazados y riendo estrepitosamente, como peleando á puñetazo limpio. Poco aficionados al estudio, de buen diente, sus vicios mayores que sus virtudes: tales eran nuestros tres guardias marinas.

Cuando Juan acabó de comer en la cámara del capitán se dirigió á la de guardias marinas acompañando á Jolliffe y Gascoigne, quien le dirigió la palabra en estos términos:

—Amigo mío, me parece que se ha ex-

cedido al decir al capitán que se consideraba usted tan grande hombre como él.

—Perdone usted—le dijo Juan—; no he argumentado individualmente, sino que lo hice en general, sosteniendo los derechos del hombre.

—De todos modos—dijo Gascoigne—, esta es la primera vez que oigo á un guardia marina atreverse á tanto. Tenga usted cuidado de que los derechos del hombre no le produzcan algún entuerto: no se puede argüir á bordo de un buque de guerra. Es admirable la indulgencia con que el capitán le ha escuchado; pero por lo mismo sería mejor que no volviera usted á tocar ese punto en su presencia.

—Cascoigne le da á usted un buen consejo—dijo Jolliffe—; aun suponiendo que estas ideas sean exactas, y á mí me parece que no lo son, hay una cosa que se llama prudencia, y por más que en tierra pueda dicitirse el caso, el tratarle en el servicio de S. M. puede ser no sólo arriesgado sino perjudicial para usted.

—El hombre es libre—, dijo Juan.

—El hombre lo será; pero no el guardia marina—, contestó Gascoigne riendo—; esto lo verá usted muy pronto.

—Pues para encontrar la igualdad he venido yo á ser marino.

—La encontrará usted cuando nazcan flores entre las olas—dijo Gascoigne—. ¿Pero habla usted en serio?

Aquí Juan entró en una larga disertación que oyeron Jolliffe y Gascoigne sin interrumpirle y Mesty con admiración. Al final de sus argumentos Gascoigne soltó una carcajada y Jolliffe suspiró.

—¿Quién le ha enseñado á usted todo eso?—preguntó Jolliffe.

—Mi padre, que es un gran filósofo y ha sostenido siempre esta opinión.

—¿Y su padre de usted es el que le ha mandado á ser marino?

CURIOSIDADES

UNA FIESTA ORIGINAL

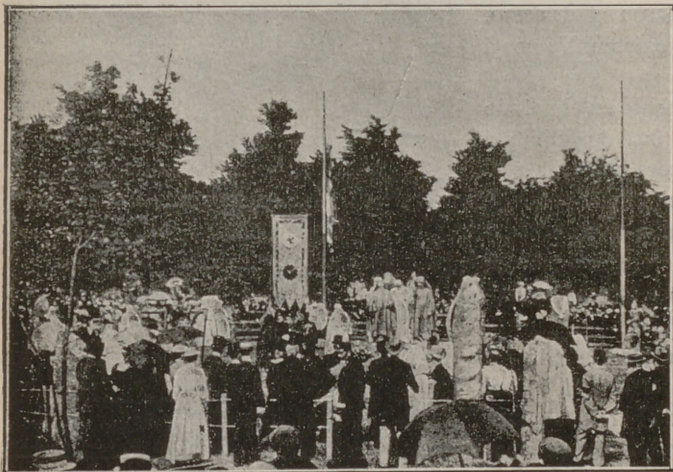
TOHAVÍA en el siglo XX existen los *druídas* y celebran sus fiestas como en los tiempos en que se fundó esta sociedad.

—¿Y quiénes son los druídas?—preguntará algún impaciente y curioso lectorcillo.

Vamos á verlo: Eran los sacerdotes de los antiguos galos y britanos, y tenían sus templos en los más apartados bosques de la Galia, en donde hoy celebran sus asambleas, mezcla de

juegos florales y de sesiones parlamentarias; de conjuros y de funciones líricas.

La carrera druística era muy superior en duración á todas las que tenemos en España; duraba la pequenez de veinte años, con la particularidad de que los jóvenes druidas todo lo estudiaban en verso. La Medicina era una larga serie de *alejandrinos*; la Teología un poema escrito en quién sabe cuántos *esdrújulos*; la Historia en *cuartetos*, y la Astronomía en *dísticos*. Siempre versos y más versos. Los druidas no



La asamblea de los «druídas» en el *sitio supremo*.

podían resistir la prosa, y, según afirman algunos autores, fueron los padres de los *ripios*.

Como jueces de sus conciudadanos, los druidas estaban exentos del servicio militar y de toda clase de impuestos; de donde se deduce que no eran tontos los que al druísmo se dedicaban; eran versificadores más ó menos buenos, pero no tenían nada de poetas.

Verificaban sacrificios en donde algunas veces no quedaba muy bien parada la justicia; y las víctimas, ya fuesen criminales, ya prisioneros de guerra, eran sometidas al fuego dentro de ídolos de mimbre.

Colocados por sí mismos en el rango de caballeros, encima de un pueblo de esclavos, se dividían en *bardos*, cantores de las hazañas de los héroes, que también eran druidas; en *ebajes* ó *sacrificadores*, y en *druídas* propiamente dicho, ó sea sacerdotes y profesores encargados de guiar á la juventud á.... la exención del servicio militar y de los impuestos.

Un gran sacerdote elegido estaba á la cabeza de la jerarquía; á éste se le daba el nombre de *Archidruída*.

No está suficientemente averiguado cuál era la verdadera religión druída; pero se sabe que las principales divinidades eran: *Heso*, dios de la guerra; *Teutates*, dios del comercio, y *Ogimio*, dios de la elocuencia (este Ogimio debió ser el autor de las asignaturas en verso). Los romanos señalaron estos dioses con los nombres de Marte, Mercurio y Hércules.

Entre otras varias creencias, los druidas tenían las de la metempsícosis y la vida futura.

Estrechamente unidos á la nacionalidad gálica y perseguidos por los emperadores del siglo I de la Era Cristiana, refugiáronse los druidas en la Armórica desafiando al imperio romano y al Cristianismo.

Conocida esta parte histórica, á nadie se le puede ocurrir que aún existan druidas, y menos que anualmente celebren las fiestas á semejanza de aquellos otros que fundaron el druísmo. Y, sin embargo, unos y otros existen. Vamos á presenciar una asamblea.

Celébranse éstas indistintamente en el país de Gales, pero siempre durante el mes de Julio; y á ellas acuden los druidas con bata blanca, azul ó verde, según la categoría á que pertenecen.

El presidente es un archidruída que se muestra con vestiduras casi reales: corona de bronce, bata blanca, pectoral de oro macizo en forma de cruz.....

La comitiva del archidruída, atravesando los desiertos parajes, semeja una embajada árabe. Varios carruajes, precedidos de heraldos y maceros, llevan á la plana mayor del druísmo hacia el «sitio supremo» en una especie de fantástica y churrigueresca cabalgata carnavalina.

El «sitio supremo» es un círculo formado por amarillos cordones de seda. Allí celebran



Vendedoras de programas.

los druidas sus ceremonias. Los asientos, como han de servir poco tiempo, son piedras colocadas alrededor del círculo; una piedra larga emplazada en el centro sirve de estrado al archidruída y á su corte, que, aunque lujosamente vestidos, no temen ensuciarse la ropa, ni se quejan por la dureza de los *divanes*.

Frente al estrado, y encima de una mesa de piedra, colocan un cojín de terciopelo con el cuerno de la abundancia; al lado la bandera druída, en cuyo centro está bordado un monstruo que despide por los ojos flamígeras llamas.

Una *bardesa*, que no pudo aprender de memoria los 10.000 *alejandrinos* que



A bordo y con los *ripios* en el bolsillo.

constituyen la asignatura de Medicina, toca en áurea arpa deliciosas melodías druísticas.

Doce piedras sin labrar (aquí todo se compone de ripios; cosa natural habiendo tantos versos) representan los doce apóstoles.

En seguida empieza la ceremonia con una evocación que hace el archidruída á los manes de los druídas difuntos; después los *bardos* suben á la tribuna sagrada, que es otro pedrusco, y echan por sus bocas ripios y más ripios.



■ La consagración de un neófito.

Pero la poesía, como aquí, está llamada á desaparecer; y la mayor parte de los bardos, tal vez porque ya no gastan melenas, se dedican á orfeonistas.

La fotografía nos presenta un grupo de éstos á bordo de un vapor; y entre ellos uno que parece arrancado de Astorga, el país de los maragatos.

Es de lo más pintoresco el traje de las druídas que venden los programas en que constan los concursos y los premios; parecen maniqués exhibiendo los primeros sombreros de copa.

Terminadas las fiestas, que duran en tanto hay *bardos* capaces de lanzar versos al espacio, los druídas regresan á sus hogares y vuelven á ser ciudadanos pacíficos hasta el año próximo, en que, así como para algunos el anuncio de la primavera es una erupción de granos, para ellos es una fiebre poética ú orfeónica la llegada del verano.

LAS PALOMAS

EN el aire se cruzaron
dos palomas mensajeras
y al pasar se saludaron
como buenas compañeras.
—¿Qué llevas?—¿Yo? La esperanza
que en gozo el pesar convierte.
¿Y tú?—La que á todo alcanza

y en todas partes: ¡la muerte!
—¡Yo vuelo! Soy la ventura.
—¡Yo también! Soy el dolor.

En tanto en la selva oscura
hizo fuego un cazador,
y su bala las alcanza,
pero con tan mala suerte,
que hirió á la de la esperanza
y voló la de la muerte.

JUAN DE CASTRO.

Cuentos del concurso

AMOR FRATERNAL

ERA en un pueblecito de la vieja Alemania donde vivían los héroes de nuestra historia: dos campesinos con el alma muy hermosa y el corazón muy grande; de esos corazones que no sienten otro fuego que el del amor, y que son incapaces de sentir un dolor sin conmovirse. Sus hijos Carlos y Luis eran lo mismo que sus padres: dos modelos de hijos buenos, en cuyo rostro angelical se reflejaba la inocencia y candidez de sus almas...

Fueron creciendo y tuvieron que ir á la escuela donde aprendieron á leer y escribir y un poco de Geografía é Historia de su país, en muy poco tiempo. Salieron de la escuela con los primeros premios, y el señor de aquel pueblo, que los socorría continuamente, quiso darles un oficio, y les propuso que eligieran el que más les gustara. Carlos escogió el de ebanista, y Luis el de tornero; mandándoles á la ciudad á que los aprendieran á casa de un maestro.

El maestro ebanista tenía una hija de la que Carlos se enamoró locamente. Ella también se sentía atraída hacia él... ¡también le amaba!

Los dos se amaban con ese amor tímido y tierno que caracteriza á las almas hermosas y nobles.

Carlos tuvo la edad suficiente para casarse, y lo hizo con la hija de su querido maestro, con su bella Constanza, como él la llamaba, y en aquél momento todo fué júbilo y felicidad; también hubo lágrimas, pero eran dulces, eran lágrimas de alegría.

Mas por desgracia la dicha no es nunca duradera. Por aquel entonces ardía la guerra en Alemania y andaban reclutando soldados; le tocó á Carlos entrar en quintas. Entonces las lágrimas de alegría de días anteriores trocarónse en lágrimas de amargura.

Pero Luis, su hermano, su querido hermano, iba á ir en su lugar, porque en un arranque de suprema abnegación paternal le había dicho:

—Carlos, mi querido Carlos, no te apures; yo iré por ti. Vela por nuestros padres y socórrelos.

Luis partió entre los consejos y sollozos de su madre y los abrazos de su padre y de su hermano.

Estuvieron muchos meses sin tener noticias, y el pobre Carlos se desesperaba por haberle dejado marchar. Al fin tuvieron noticias, pero más valía que no las hubiesen tenido. Luis les recomendaba que no llorasen por él, que herido en el campo de batalla iba á morir por la patria; que guardase su madre el escapulario y la medalla que le puso al partir, y les dirigía el último adiós.

La desesperación de Carlos no tuvo límites; todos los demás lloraban en silencio, no se oían más que los gritos de Carlos, no bastando nada para calmarle...

Transcurrieron dos años, terminó la guerra, y las tropas de regreso iban á desfilar por la ciudad y por la calle donde vivían nuestros personajes. Llegó la hora del desfile y todos se asomaron á ver si veían pasar á algún soldado que les trajese noticias del que ya creían muerto y al que tanto habían llorado.

Las tropas hicieron un alto; un capitán de dragones bajóse de brioso corcel y penetró con paso seguro en la casa de Carlos. Nadie le conoció, hasta que él, con voz firme, dijo:

—¿No me reconocéis?... ¡yo soy vuestro!...

No tuvo tiempo de decir más; sus padres echarónse en sus brazos y Carlos cayó desplomado, murmurando:

—¡Mi hermano! ¡¡Mi hermano!!

Luis le estrechó entre sus brazos y los dos lloraron silenciosamente.

Lema: «EL CUARTO DE LOS ¡CATORCE!»

(Octavo de los admitidos.)

VIAJE CÓMICO AL POLO SUR

REALIZADO POR DOS ESTUDIANTES MADRILEÑOS Y UN ELEFANTE ANDALUZ,
QUE ES QUIEN CUENTA LAS TERRORÍFICAS Y ESPELUZNANTES AVENTURAS

(Continuacion.)

lización europea?; ¿los ferrocarriles?; ¿los automóviles?; ¿los cangrejos?; ¿los?...

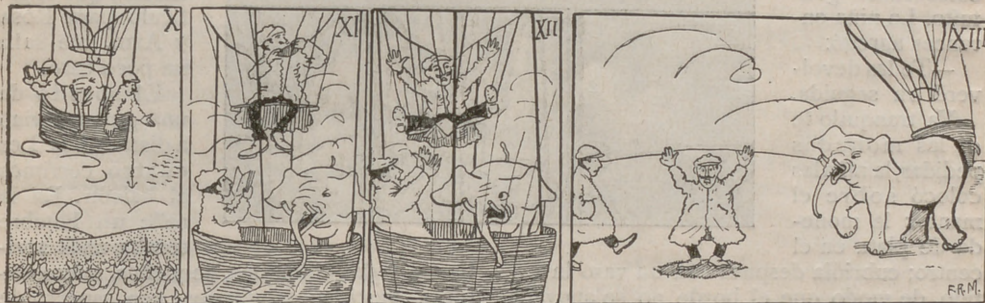
El pito de una locomotora se dejó oír á la izquierda.

—¡También ferrocarriles!—gritó Nicéforo en el colmo de la admiración.

—Sí, señor—dijo uno de los guardias—, y con quince kilómetros de marcha por hora y dos ó tres horas de retraso en cada viaje.

Y seguimos marchando, marchando á la velocidad anterior.

Aquí hay un párrafo inteligible; el elefante debía tener alterado el pulso y no se entiende lo escrito; pero después de mirarle al derecho, al revés y de perfil, se saca en consecuencia que durante los días que llevaban de viaje, los estudiantes no se alimentaron de sardinas, pues ya eran ellos bastantes



—¿Pero adónde estamos? — preguntó Espiridión.

—En Pozuelo — contestó el otro guardia—; pero yo creo que debían estar en Leganés.

Al fin se puso todo en claro mientras el día se ponía oscuro y comenzaba á llover á cántaros: todo era debido á una equivocación originada por mis estornudos: me había constipado á consecuencia de haberme hecho cortar el pelo á la sevillana antes de emprender el camino. Y deshecho el error y convencidos los estudiantes de que el Polo caía más allá, nos remontamos otra vez á los aires en medio de una ovación estrepitosa, colosal, inconmensurable, como jamás vióse otra; tan grande fué que los silbidos se oyeron en Fuente Ovejuna.

raspas, sino de la lectura de una novela original de uno de nuestros primeros escritores modernistas. Tal dice el párrafo, y lo garantizamos á fuer de traductores sin Diccionario.

Vuelve á narrar el elefante.

Ya habíamos perdido la noción del tiempo que llevábamos por los aires cuando un acontecimiento vino á poner término á nuestra marcha. Espiridión se había sentado en el trapecio del globo y tocaba en la ocarina una fantasía sobre motivos sociales; de pronto el globo se para y comienza á descender. Nicéforo, enojado por si aquellos motivos serían el motivo de la descensión, tira la novela á la cabeza de Espiridión; le da en la nariz y le produce un forúnculo en una pan-

(Dibujos de Ramírez.)

(Se continuará.)

ENTRETENIMIENTOS CIENTÍFICOS

LA MONEDA QUE ANDA

LLEVO mucho tiempo sin enviar nada para ROSA Y AZUL, y el director me ha llamado al orden. En busca de ideas con que enjaretar un articulejo, fuí á casa de María Isabel. Llegué cuando las tres niñas terminaban de almorzar. Rogué á mi amigueta que me explicara alguna recreación, y ésta, después de meditar unos instantes, me dijo:

—Tienes una monedita de dos reales y dos perros grandes? Dámelos.

Dudé antes de contestar. Creía yo á María Isabel colaborador gratuito. La niña entonces agregó:

—Te las devolveré en seguida.

Ya tranquilo le dí las monedas pedidas; la niña las colocó sobre el mantel: la moneda de plata en el

centro; cubrióla después con un vaso invertido, de modo que el borde no se apoyaba en el mantel y sí sobre las monedas de cobre. Ya dispuesto el aparato nos dijo:

—Voy á sacar la media peseta sin tocar el vaso y sin empujarla con nada.

—¡Imposible!— exclamaron sus hermanitas.

—¡Imposible!— exclamé yo. Y añadí lleno de confianza—: Si lo haces te regalo la moneda.

—Aceptado— dijo María Isabel, y arañó el mantel delante del vaso.

Con gran asombro nuestro la moneda comenzó á moverse, y á los pocos segundos

salía por bajo de él. La niña la cogió, y con aire de triunfo dijo:

—¡Hecho!; la moneda es mía.

No podía oponerme; yo mismo lo había ofrecido. Extendí la mano para recuperar los veinte céntimos que sobre la mesa quedaban; pero más rápidas que yo las dos pequeñas se apoderaron de ellos. Era inútil intentar recobrarlos. Las niñas reían y palmeaban pensando comprar castañas, barquillos, una porción de cosas.

Yo pensaba con tristeza que el artículo para ROSA Y AZUL me salía un poco caro.

El sonido de una guitarra vino á distraernos. Los cuatro corrimos al balcón. En la calle un hombre tocaba unas sevillanas, y dos chiquillos, pequeños, microscópicos, vestidos de gitanos, con aspecto de hambre, bailaban al compás del destemplado instrumento. La alegría de mis amiguitas casi desapareció; miraban con aire compasivo á los infelices y diminutos bailarines.

Cuando terminó el baile, el chiquillo agitó su grasiento calañés implorando una limosna. María Isabel arrojó sus dos reales; lo mismo hicieron sus hermanas con las otras monedas.

—¿Y los barquillos, y las castañas?— dije.

—Nos quedamos sin ellos— contestaron.

Era una nueva lección que recibía de María Isabel.

JAVIER CABEZAS.

(Fotografía del mismo.)



COLMOS

EL anarquista Pelaire ha pensado derribar los castillos que en el aire todos solemos formar.

—
El colmo de un zapatero:

calzar un pie de paliza con elegancia y esmero.

—
Colmo de un picapedrero: llevarse un año cabal, esto es, de Enero á Enero, labrando con mucho esmero la piedra filosofal.

ANGEL MACÍAS RODRÍGUEZ.

UNA LECCIÓN DE LUIS XIII

EN pocas palabras, pues me gusta la brevedad, voy á contaros un hermoso rasgo de Luis XIII, de aquel rey ó, por mejor decir, de aquel padre del pueblo que tan buen recuerdo dejó por su excelente corazón y gran talento.

En cierta ocasión llegó á oídos de este rey que un señorón, un título tal vez, había tenido la insolencia de maltratar á un pobre labrador por un motivo insignificante; entonces Luis XIII, lejos de castigar al culpable como lo hubiera merecido, le hizo llamar á su palacio donde le trató con gran amabilidad como si nada supiera de lo ocurrido. Llegada la hora de comer, le condujo él mismo á un lujoso salón donde se le sirvieron los mejores y más costosos manjares que se pueden imaginar. Sin embargo, en aquél magnífico convite faltaba algo, alguna cosa muy necesaria sin duda, porque el convidado no cesaba de mirar á un lado y otro, y aquel algo, aquella cosa era el pan que, sin duda, no habían puesto en la mesa los criados obedeciendo á una orden secreta.

Terminada la comida, el rey preguntó cortesmente al señor que tal le habían servido, y éste, no pudiendo contenerse, le contestó:

—Magníficamente; me han dado un verdadero festín; pero no extrañe su Majestad que apenas haya comido, porque se han olvidado de servirme pan, y la verdad, es una cosa tan imprescindible que ningún manjar ha podido reemplazarle.

—¡Hola!—exclamó Luis XIII—, ¿con que no habéis podido comer sin pan? Aprended entonces á tratar bien y respetar á los infelices labradores que os proporcionan una cosa tan precisa á costa de sudores y fatigas. Tened entendido que por poderosos que seamos no poseemos sobre ellos ningún mérito.

El pobre necesita el dinero del rico para poder vivir, y nosotros á nuestra vez necesitamos el trabajo del pobre, que éste nos ofrece humildemente, sin hacer ostentación; sin embargo de ser tan necesario como habéis podido comprender.

Esta sabia lección, que no debéis olvidar puesto que á todos conviene, produjo mayor efecto que un severo castigo, y dejó inmortal recuerdo de aquel rey que, para conducir por el camino recto á sus súbditos, se valía únicamente de la amabilidad y buen ejemplo.

NIEVES CAMPA.

CORRESPONDENCIA

V. H. C.—Oviedo.—Envíe lo que guste y cuente con que no incurriremos en lo que teme.

A. G. Martín.—Madrid.—Ya creo haberle dicho que debía acompañar el retrato á los originales ¿Puede usted hacerlo?

P. A. M.—¿Me va á remitir la fotografía de esa curiosidad? Yo no tengo medios de adquirirla; y aquí es el todo la «vista».

J. de G. Ayustante.—Granada.—Sería mucho más bonita la cruz en fotografía; y usted puede hacerla.

N. Campa.—Madrid.—Ya publiqué una carta de usted, y mientras haya remitentes aguardando, encontrará razonable que no repita. De lo demás creo que no puede tener queja. Quisiera dar á ustedes todo lo que me piden; pero luego viene el Administrador con los endiablados números y resulta que tengo que *comprimirme*.

L. Ordoño.—Idem.—Se publicarán.

L. R. Ledesma.—Toledo.—No echaré en saco roto su deseo. *Bebé* estuvo fuera este verano y sin ganas de trabajar. La carta no sirve; lo otro se publicará corregido; pero tenga paciencia.

R. Fernández.—Hornachuelos.—Usted ha copiado esos versos ¿verdad? No es que sean ninguna maravilla; pero me parecen superiores á sus años.

Gil Farrán.—Barcelona.—Muy bien el *quinqué*. Se cumplirá el encargo de su carta.

J. Ramirez y José Mateo.—Sevilla.—Así era la solución.

E. Mera.—Creo que llegará si pone más cuidado en los dibujos; éstos son demasiado flojos.



ADIVINANZA por Nieves Campa.

Con el nombre de un mueble
y el de una fiera,
el de un animalito
forma cualquiera.

CHARADA por F. Morales.

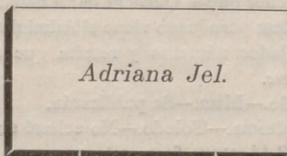
Tercia, dos tercera y todo,
son colores á la vez,
y prima segunda tiene
el color prima dos tres.

Fuga de consonantes numérica por Ignacio Rodrigo.

※ ● 1 ※ 1 ※ 4 ※
※ 4 ※ ※ 5 ※ ※ 4 ※
※ 1 ● 4 ※ ※ 4 ※ 1 ※ 1 ※ 3 ※ 1 ※
※ 1 ※ 1 ※ 3 2 ※ ※ 4 ※
※ 4 ● 1 ※ ※ 3 ※ 2 ※ 1 ※ 3 1 ※
1 ※ 2 ※ ※ 5 ※ 1 ※
1 ● 5 ※ (※ 3 ※ ※ 1)
※ 5 2 ※ ※ 4 ※
※ ● 1 ※ 1 ※ 1 ※ ※ 3 ※ ※ 3 1 ※

Léase verticalmente en la línea de puntos el nombre de una revista semanal ilustrada, y horizontalmente lo que contiene, valiéndose la A, 1; E, 2; I, 3; O, 4, y U, 5.

TARJETA por S. Domínguez Tejedor.



Combinad las letras de modo que se lea el nombre de una población.

CHARADA por M. Baturone.

Con un verbo por primera
y por segunda una planta,
busquemos dos hombres célebres
que en la antigüedad resaltan.

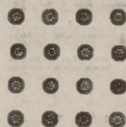
JEROGLÍFICO por M. M. Rueda.

NOTA co NOTA NOTA

FUGA DE CONSONANTES por Flora Gilmán.

U.a .o..i.a .o.ió .a..e
.e .n .a.i.o .e .e.e.o
.o.a .o..i.a a .e.o i.o
.e .a á a.a.a. e. .a.e.o

CUADRADO por C. Abejón.



1.^a, lo que dicen los niños pequeños; 2.^a, hombre que fué bueno en la Historia Sagrada; 3.^a, mueble; 4.^a, para volar.

CHARADAS RÁPIDAS por Vicente Más.

- 1.^a Colocad un nombre de letra entre un nombre de varón y resultará otro nombre de varón.
- 2.^a Entre un adjetivo colocad un pronombre y resultará una provincia española.

SOLUCIONES

A las charadas por José L.-Amor: 1.^a, RUBO-ROSA; 2.^a, ABREVA; 3.^a, CALAVERA.

A la E numérica por Juan Cano: RONDA

A la tarjeta por Francisco Guerrero: LOS FIGURINES; CARCELERAS; RONDA.

Al rombo por Celso de Castro:

M
M A R
M A R I A
R I O
A

A la adivinanza por O. D. M.: EL PAVILO DE LA VELA.

A la sustitución por José A. Martínez:

E U G E N I A
L U I S A
M A R I A
M E R C E D E S
M A R G A R I T A
E L I S A
P E P A
P E T R A
I S A B E L

Al jerooglífico por Leonardo Ordoño: MANZANARES.

Regalos á nuestros lectores

sólo por un mes

A todos los que se suscriban por seis meses en Madrid ó provincias, les regalaremos los números que van publicados de las

Aventuras de un pequeño filósofo

A los que se suscriban por un año, además de los números que ofrecemos á los suscriptores de semestre, les regalaremos la preciosa novela

DÍA FELIZ

lujosamente encuadernada.

ADVERTENCIA.—Estos regalos sólo los concedemos durante el mes de Octubre.

No se admiten sellos de Correos. Los envíos de provincias pueden hacerse en libranzas de Prensa, que se venden en todos los estancos. No es preciso certificar las cartas. Los que deseen recibir certificados los regalos, deben enviar un sello de 25 céntimos.

PARA LOS ANTIGUOS SUSCRIPTORES

Tenemos á su disposición los bonitas tapas de la novela **DIA FELIZ**. Para recogerlas sólo es preciso presentar el recibo los de Madrid, ó enviar una faja acompañada de un sello de 10 céntimos los de provincias.

LA PRIMERA CASA EN CHOCOLATES

BABQUILLO, 30.—MADRID

Géneros ultramarinos y del país.—Especialidad en quesos y conservas.

LA MÁS HIGIENICA

LA QUE MEJOR PESA

Para anuncios en los periódicos de Madrid y provincias dirigirse á

LA PRENSA


SOCIEDAD ANUNCIADORA





CALLE MAYOR, 1.—TELÉFONO 123.—MADRID






PERCHAS "Navas y Comp.^a"




(Con patente)



Recomendables para los Colegios y particulares 

    No rompen ni ensucian la ropa

— Son las más baratas     

  Pidanse precios á los señores NAVAS Y COMPANÍA, Espíritu Santo, 51.—MADRID 

DÍA FELIZ

Se halla de venta esta interesante novela, elegantemente encuadernada, al precio de

50 céntimos.

También podemos facilitar bonitas tapas para la encuadernación á 15 céntimos.

A provincias van por el mismo precio; pero los que deseen recibirlas certificadas deberán remitir 25 céntimos más.

COLEGIO DE SAN ISIDRO

De primera y segunda enseñanza, incorporado al Instituto del Cardenal Cisneros.

Espíritu Santo, 28, MADRID

FAMOSO METODO DE LECTURA

EL SIGLO DE LOS NIÑOS

DECLARADO DE TEXTO

Pepe 1.º (1.ª sección), económ.ª.	0,25 ptas.
» 1.º (2.ª sección)	0,25 »
Pepe 1.º, lujo	0,50 »
Pepe 2.º	0,50 »
Pepe 3.º	0,75 »
Pepe 4.º	1,00 »

Depósito general: Librería Escolar de Antonio Pérez, Bolsa, núm. 9. Madrid.

MAGUILLA



Marca de Fábrica

HARINA LACTEADA

ALIMENTO ESPECIAL

PARA

NIÑOS

Ancianos y convalecientes

SOBRE-MONEDERO

para mandar por correo dinero en metálico, certificado, con la garantía del Estado, que abona la cantidad declarada en caso de extravío. Se vende en todos los estancos á 25 céntimos.

En el sobre-monedero pueden remitirse hasta 50 pesetas en cualquier clase de moneda.

Oficinas: GOYA, 19, BAJO MADRID

Talleres de grabado

DE LOS

SUCESORES DE E. PAEZ

Directo, línea, zineografía.

Precios sin competencia.

Quintana, 33.—MADRID

JOSE BREÑOSA, redactor artístico de ROSA Y AZUL.—Lecciones de dibujo y modelado. Dirijan los avisos á la Administración de esta Revista.

LIBRERIA

DE

AGUSTIN SANCHEZ RODRIGO

Casa especial para surtir á los colegios de libros de enseñanza.

OBJETOS DE ESCRITORIO, MENAJE PARA ESCUELAS

SERRADILLA (Cáceres)

Pídanse catálogos,

MADRES Existen cajas falsificadas de la *Denticina* que han imitado bien para sorprenderos, pero causan graves trastornos en las criaturas. La legítima, 3 pesetas.

Madrid: Sacramento, 2, farmacia.

ESTÓMAGO Las acedías, dispepsias, gastralgias, úlceras, diarreas, vómitos y cuanto revela malas digestiones se cura con *Perla Estomacal F. Moreno*. Conocida en todo el orbe. Caja: 3,50 pesetas (antes 10 reales).

Madrid: Sacramento, 2, farmacia.

SASTRERIA «EL INFANTE»

para niños y caballeros
26, PRECIADOS, 26

Trajes paño desde 5 pesetas.
» jerga » 10 »
» Gabanes » 10 »

SECCIÓN DE CABALLERO

Traje desde 40 pesetas.
» Gabán » 35 »

Todo confección esmerada y géneros superiores.

26, PRECIADOS, 26



PASTILLAS cloro-boro-sódicas — con cocaína — BONALD

Son insustituibles en la tos, ronquera, dolor de garganta, picor, aftas, sequedad, úlceras, granulaciones y afonía. Premladas en varias Exposiciones.

ELIXIR antibacilar BONALD, de thioocol-clamovanádico-fosfo-glicérico

De acción segura en la tuberculosis, bronco neumías crónicas, bronquitis, laringo-faringitis gripales, etc. Lo prescriben todos los médicos.

FRASCO, 5 PESETAS

ACANTHEA BONALD. Poderoso agente para combatir la neurastenia, 5 pesetas.

De venta en todas las farmacias y en la del autor,

Núñez de Arce (a. Gorguera), 17, Madrid